

DESEMPLEO Y OTRAS PERSPECTIVAS
EN EL PERIODISMO

Universidad de Veracruz
13 de abril de 1984.

Me pareció interesante el tema que propuso mi colega y amigo Luis Velázquez, para que pudiéramos charlar unos minutos esta tarde. Confío en que a los estudiantes de periodismo y periodistas aquí presentes también resulte motivo de interés manejar información y discutir puntos de vista sobre la situación de nuestro mercado de trabajo y otras perspectivas de desarrollo profesional.

Pero esos temas igualmente deben parecer atractivos a ciudadanos dedicados a actividades muy distintas y que forman parte del público que asiste a esta charla. En efecto, el periodismo no debiera ser asunto sólo de periodistas.

Caigo en la tentación de parafrasear aquella sentencia:

"La guerra es un asunto demasiado importante para dejarla en manos de los militares". Tiempo después, en un pequeño país de Centroamérica, donde el presidente economista había dado al traste con la economía de la

nación, un político -- precisamente el que ahora está en la presidencia-- me dijo: "La economía es un asunto demasiado importante para dejarla en manos de los economistas".

Yo quisiera ser originalísimo al proponer que la sociedad civil se haga cargo de este apotegma: El periodismo es tan importante que no debe estar sólo en manos de los periodistas.

El periodismo forma parte de los instrumentos de la comunicación social. La comunicación social es un elemento constitutivo del poder. Si el poder no tiene origen democrático y no se ejerce democráticamente, deriva hacia un apoyo para formas de autoritarismo, que van desde el caciquismo paternalista hasta la "dictablanda" o francamente la dictadura.

En muchas partes del país, por falta de una legitimación democrática el periodismo se ejerce como una usurpación del poder; editores y articulistas practican formas apenas disimuladas de autoritarismo y de cacicazgo.

Para no desviarnos demasiado del tema, basten las consideraciones anteriores a fin de ponderar ante la sociedad civil la necesidad de interesarse en todo aquello que atañe a sus periodistas, a sus periódicos. Calidad o decadencia, corrupción o compromiso social en el periodismo nacional y de los estados, debiera ser una alta prioridad en las preocupaciones de los ciudadanos; mentira que sólo incumba a los practicantes y a los empresarios del oficio.

Del mismo modo como se dice que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen, podría extenderse el argumento hasta probar que las sociedades labran para sí mismas su propia clase de profesiones, oficios y prácticas --



que más influyen en el desarrollo de la propia sociedad. Y pocas actividades más determinantes en este aspecto que el periodismo.

Sirva todo esto, pues, para subrayar que si bien nos proponemos dialogar entre periodistas sobre asuntos propios de nuestro quehacer es bueno que otros elementos de la sociedad presencien el diálogo y participen en él.

Después de 25 años de trabajar en la docencia del periodismo, he arribado a algunas conclusiones que nada tienen de académicas, pero sí de una rebeldía interior que empieza a manifestarse en un radical cambio de actitud frente a esos sistemas de enseñanza.

Me he dado cuenta, sobre todo, de que en las escuelas de periodismo somos culpables de estar formando profesionales para un mercado que no sólo ya parece incapaz de expandirse sino que se está colapsando. Si hay que expresar esto en términos más claros y crudos, diría que estamos formando muchachos para el desempleo y la frustración.

Al menos esto es lo que ocurre en la Universidad Nacional Autónoma de México. Y me temo que en otras escuelas sucede lo mismo; es decir, falla la orientación vocacional a los jóvenes que pretenden seguir esa carrera.

No se les advierte a tiempo que el mercado profesional ya no da de sí; que no se ven ahí signos de que vaya a demandar mayores recursos humanos, y que, por el contrario, se da en la industria de los medios una crisis que en parte es el reflejo de la que abate a todo el país y, en parte, una crisis propia de esa industria desde años antes. Crisis que, en fin de cuentas, está cerrando periódicos y poniendo en la calle a muchos redactores y fotógrafos.

Los economistas hablan de "demanda inelástica"; es decir, de ciertos -

productos cuyo consumo no aumenta más allá de una cota determinada por el número de pobladores. El ejemplo clásico de esto es la sal. Una campaña supermillonaria no podría aumentar el consumo de sal, sin importar a qué resortes o artificios acudiera el publicista. Digamos que si nos persuaden de que es muestra de patriotismo consumir más sal, estoy seguro de que lo único que haríamos sería tomar uno o dos tequilas más, para ingerir otro poquito de sal. Pero hasta ahí. Si alguien tratara de llevar más lejos su patriotismo, acabaría muy mal del estómago, porque eso es lo que causa el exceso de sal. Supongo que habrá quedado suficientemente explicado lo que es la demanda inelástica, a pesar de que no soy economista; pero si hubiese fallado en el intento, entonces propondría a los economistas otro caso de demanda inelástica: los periodistas.

Una sociedad sólo soporta un determinado número de periodistas. Los demás salen sobrando.

Cuando digo "soporta" no me refiero a una tolerancia de mal grado, sino a aquello que necesitan en forma natural las estructuras de la sociedad.

En otras palabras: una sociedad está construída de tal suerte que necesita un cierto número de médicos, de ingenieros, etc., y también un concreto número de periódicos, de un tamaño determinado, lo cual los convierte en fuentes de empleo sin elasticidad.

A menos, pues, que se trate de violentar los procesos naturales de la comunidad humana, sus órganos de servicio -- entre ellos los periódicos-- no pueden multiplicarse y tampoco crecer arbitrariamente.

El infierno de los periodistas está empedrado con las cabezas de editores que -- algunos a despecho de la experiencia que se les reconocía -- fracasaron con un nuevo periódico, porque se engañaron a sí mismos mediante

el trágico espejismo de unos lectores y un espacio político... que no - -
existían de verdad, como suele ocurrir con el agua, las palmeras y las -
bailarinas desnudas que se ven en los mirajes del desierto. 

Según el consejero de una importante empresa periodística de la ciudad de México -- a quien consulté para los fines de esta charla -- muchos periódicos se encuentran en proceso de consunción, porque no han podido romper el vicioso círculo de los costos.

Esta persona hace los siguientes números:

Cada cuatro páginas de un periódico standard tienen de costo entre un peso y un peso diez centavos. En un periódico de 48 páginas cuyo costo total de manufactura es de 21 o 22 pesos, el papel representa entre el 40 y el 60 por ciento. Es evidente que al voceador le es entregado el periódico sensiblemente por abajo del costo de manufactura, y esto ha llevado a los editores a "castigar" la circulación.

Por la crisis económica escasean los anuncios, continúa el experto consultado; pero las tarifas suben. Una plana se cotiza ahora entre 260 mil y 460 mil pesos.

Esto, a muchos anunciantes, está induciéndolos a preferir la televisión donde si bien un anuncio cuesta varias veces más, llega a un número multiplicado de compradores potenciales.

Otro segmento del círculo que atrapa a algunos editores es éste. Según cálculos generalmente admitidos en varios países, para que un diario pueda ser considerado un producto de consumo popular, su precio debe situarse entre el uno y el dos por ciento del salario mínimo.

Presas de este mar de los sargazos, hay empresas periodísticas que

deciden intentar salvarse aligerando el peso de los gastos... y lo primero - que se les ocurre es reducir el personal de redacción y por supuesto, el - sueldo de los redactores.

En México existe la espeluznante cantidad de 21,860 periodistas, según una de las publicaciones editadas hace tres años por la Dirección de Comunicación de la Presidencia. Están distribuidos en 1592 fuentes de trabajo, a saber: 383 periódicos, 743 radiodifusoras, 107 televisoras, 350 revistas, 4 agencias de noticias y 4 compañías cinematográficas. Según esto, cada fuente de trabajo emplea 24 periodistas enteros y 7 décimas partes de otro más.

¿A qué aspiran ustedes, jóvenes estudiantes de periodismo? ¿Quién se apresurará lo suficiente para convertirse en las tres décimas partes de periodista empleado que nos faltaron en la cifra mencionada?.

Ante este cuadro de circunstancias -- que ninguno de nosotros puede - modificar --, ¿Cómo no ver con preocupación que cada día existen más escuelas de periodismo, para producir profesionales formados deficientemente y dirigidos a un mercado de trabajo cuyo declive es inocultable?.

No estoy haciendo crítica respecto a la Universidad Veracruzana, cuyos planes de estudio no he visto. De hecho, los pocos periodistas hombres y - mujeres, que conozco, egresados de aquí, son buenos. Pero ignoro cuántos más no han logrado abrirse paso.

Mis referencias son principalmente respecto a lo que ocurre en la UNAM y varias escuelas de periodismo en la ciudad de México o en el interior del país. Casi no hay universidad de provincia, por pequeña que sea, que no se apresure a establecer su facultad de Comunicación Social, después, claro de haber puesto a funcionar su fábrica de abogados.

Creo que sería un cálculo conservador suponer que cada año egresan de tales escuelas y facultades unos doscientos cincuenta nuevos periodistas la mayoría jóvenes que han invertido tiempo, esfuerzo, dinero y sobre todo esperanza. La Universidad les crea la ilusión de que en la redacción - del diario más importante o de un noticiero de televisión o radio, existe un escritorio aguardando a cada uno de los futuros periodistas con título.

Nadie les quiere decir la verdad a estos muchachos acerca de las dificultades que van a enfrentar; ni siquiera los preparan adecuadamente para esa ruda confrontación con la realidad.

Ustedes deben saber desde ahora que nosotros, los periodistas --con título o sin él -- que ya tenemos empleo, no pensamos soltarlo. Deben entender lo que significa el hecho de que varios periódicos hayan desaparecido y otros vayan camino a lo mismo. Esto no es un fenómeno transitorio sino una tendencia histórica; es decir, persistirá aunque se atenuaran las características más agudas de la crisis global del país. La desaparición de periódicos y la reducción de los sobrevivientes obedece, según ya dijimos, a la forma como se va imponiendo la realidad de las estructuras sociales.

Asimismo, debieran tratar de comprender, desde ahora, la carga tan negativa que tiene un fenómeno relativamente nuevo en el periodismo mexicano. Me refiero a que de unos años a esta parte, más y más periódicos están pasando a manos de políticos o de negociantes sin auténtica vinculación con las altas responsabilidades sociales de la tarea editorial.

En uno y otro casos, la función del periódico se pervierte, se corrompe y devalúa. Los periódicos así fundados o así traspasados de manos, no tienen intención de contratar a verdaderos profesionales; les bastan unos cuantos para

cubrir los mínimos de trabajo en la redacción, y el resto se llena con improvisados y arribistas y con la escoria del gremio.

También es necesario que ustedes pongan atención a otro signo nefasto. Se presenta ya en algunas ciudades de provincia, donde súbitamente ha desaparecido la competencia entre los dos o tres diarios tradicionales, porque todos pasaron a ser propiedad de un solo dueño. Esto deja en la indefensión total a la población y por otra parte, cancela a muchos periodistas las posibilidades de mejoramiento de salario y de encontrar mayores ámbitos de libertad.

----- 0 -----

Hasta aquí, pareciera que todo cuanto he tratado de hacer con los estudiantes de periodismo, es cortarles las alas. No me preocuparía demasiado, porque al fin, como el cabello, las plumas vuelven a crecer. Y quizá con alas nuevas, ustedes reorienten su vuelo.

Este es en el fondo mi propósito: ayudar un poco en la necesaria reorientación del impulso vocacional de los periodistas en formación.

Si es dudoso el porvenir para un periodista convencional -- es decir, para aquél que "más o menos" adquiere una técnica para informar -- , -- ¿Qué perspectivas de desarrollo profesional existen, en la escuela y terca verdad de este país, para aquéllos que estuvieran resueltos a emprender una magnífica aventura?

----- 0 -----

No sería yo capaz de pedir a nadie que renunciara a una vocación claramente definida. Una renuncia de esa clase, llega a ser algo de lo más do-

loroso que a uno pueda ocurrir en la vida.

Pero el periodismo es un reto exigente, a veces dramático.

En las Universidades esta carrera no es para "destripados" de otras. Tampoco para niños y niñas "bien", que no teniendo otra cosa en qué entretener sus ocios, deciden estudiar algo tan vago como "comunicación social" y al rato ya se dicen y se sienten periodistas, a la espera de que papá les compre un periódico, en donde comenzarán a trabajar "desde abajo", es decir, como directores o vicepresidentes.

Si alguno de ustedes se encuentra en esa afortunada situación, no imagino qué está haciendo aquí. Nada puedo hacer por alguien que ya tiene todo ganado, incluso mi desprecio.

Pero si, como se supuso al principio, hay en la audiencia personas a quienes al menos inspira respeto la palabra periodismo, entonces continuemos explorando las perspectivas de desarrollo profesional.

Hemos mencionado la palabra "vocación". La vocación es, pues un llamamiento, el llamamiento.

Es la voz interior que se escucha imperiosamente. Seduce y ordena. Enamora y obliga. Es el mandato para la transformación. Ignacio de Loyola, en medio de una colosal parranda, escuchó la voz y se volvió santo. Francisco Madero vivía apaciblemente como un mediocre burgués, y un llamamiento oportunamente obedecido lo convirtió en líder de la Revolución. Muchos de nuestros héroes y dirigentes latinoamericanos vivían oscuramente, hasta un día antes de escuchar y atender la voz del destino. En nuestro movimiento de 1968 ví a

tímidos muchachos de 15, 17, 20 años, que de pronto se convertían en líderes del movimiento, aún a sabiendas de que les esperaba la cárcel, la tortura y probablemente la muerte. Cada dos de octubre en la siniestra Plaza de Tlatelolco, se encienden unas pequeñas flamas en recuerdo de esos estudiantes que llevaron hasta el holocausto su fidelidad a una vocación política descubierta de súbito, en un deslumbrador instante.

Sí. Hay vocaciones que se aceptan y se cumplen en un marco de grandeza... y otras que se siguen tan tranquila y mecánicamente, que carecen de mérito alguno y hasta se sospecha que no existía propiamente vocación - sino sólo cumplimiento de una rutina familiar. Por ejemplo, el que resuelve ser médico para no decepcionar a papi que también es médico; o quien decide estudiar leyes porque papi, mami y el abuelo frecuentemente están en la cárcel.

¿Por ventura podría hablarse de verdadera vocación en el caso de quien deja ahora la carrera que tiene empezada, para hacerse contador porque eso es lo que está de moda en el gobierno?.

Hace unos minutos hablábamos de espejismos. Este es un fenómeno que se da frecuentemente entre los editores, decíamos; ahora agregamos que también lo padecen los aspirantes a redactores.

No basta con "querer" ser periodista. Es necesario, absolutamente imprescindible, que se tengan aptitudes reales.

Para no caer en vanas ilusiones -- que luego se convierten en frustración y pesada carga por el resto de la vida -- uno debiera prestar oídos atentos a esa voz interior, al llamamiento, a la "vocación"; pero al mismo tiempo estar muy resuelto a una ruda confrontación con la realidad personal; con lo que uno es verdaderamente, sin negaciones absurdas, pero sin concesiones ni autoengaños.

Sería absurdo que pretendiese ser médico aquel a quien a simple vista de la sangre horroriza y produce desmayos; o que emprendiese estudios de ingeniería quien desde la primaria declaró guerra personal a las matemáticas.

Del mismo modo, se habrá metido en su propia trampa aquel que aspire a ser periodista, después de que todos sus maestros de castellano, desde la primaria hasta la preparatoria, certificaron que era absolutamente negado para el aprendizaje del idioma.

Conozco estudiantes de periodismo, ya en semestres avanzados de la carrera, cuyo problema siguen siendo las faltas de ortografía. Otros a quienes da una enorme pereza leer los diarios, y ya no se diga el libro de moda o emprender una mínima actualización literaria; y otros más que ponen cara de santos inocentes cuando les pregunto qué es el hipérbaton o un solecismo.

Se de alumnos que no muestran ningún interés en el desarrollo de la personalidad que debe acompañar al periodista. Seguramente creen que la escuela va a obrar milagros en ellos, o que más tarde, en alguna farmacia podrán

adquirir inyecciones, capsulas o cucharadas de conocimientos y de aptitudes.

A poco andar el curso, me doy cuenta de que ellos son verdaderos - paracaidistas de la carrera, porque los defenestraron de otra, o simplemente aterrizaron en esta parte de las ciencias políticas porque andaban volando a ciegas, tratando de escoger algo aparentemente sencillo y fácil, sólo para dar a sus padres la tranquilidad de que por fin se habían puesto a estudiar "algo".

En unos y otros casos, faltó lo que debiera ser preocupación básica de las escuelas: la orientación vocacional.

Con todo esto enfatizo la necesidad de que ustedes estudiantes de periodismo y periodistas en agraz, se sientan seguros de que no se equivocaron de camino.

Si con absoluta honestidad y valor ustedes confirman su vocación y ésta resulta victoriosa en la inevitable confrontación con las aptitudes personales, entonces sí podemos hablar de las perspectivas de desarrollo profesional, que se abren a despecho de las malas condiciones del mercado a las que ya hice referencia.

----- 0 -----

En primer término, consideremos este hecho muy simple e innegable: no está sin empleo ningún periodista verdaderamente apto, capaz, dueño de una cultura apreciable y en evolución.

Esto significa que es el periodismo un campo de selección para los mejores. Así ha sido siempre, así es ahora. Se nos enseña que en la selva impera la ley del más fuerte. También en el periodismo. Sobreviven los

más capaces. Una capacidad que, por desgracia para nosotros, tenemos que demostrar todos los días. Los médicos entierran sus errores; nosotros publicamos los nuestros. A veces es suficiente una falla para perder nombre, para deslavar el escaso prestigio tan penosamente conseguido y para que se nos vaya la clientela.

Así de exigente, repito, así de terrible es el desafío cotidiano del periodismo. Quien no lo entienda de ese modo, no sabe lo que es esta profesión, y si aún piensa adoptarla, más le valiera desistir ahora que aún es tiempo de aprender contabilidad, o ingresar en una academia de corte y confección.

Otro reto es la mediocridad.

Acostumbro repetir que los tres males del periodismo mexicano son la impunidad, la solemnidad y la mediocridad. Permítanme hacer el elogio de esta última.

No hay enemigo más peligroso que la secreta fraternidad de los mediocres. Están por todas partes y, como cierta clase de individuos se reconocen entre sí con un leve movimiento de pestañas, y a veces sin pestañear siquiera. De piel a piel se sienten entre ellos. Un mediocre sabe bien quién es -- otro poca cosa y en corto tiempo -- me refiero concretamente a lo que ocurre en las redacciones -- forman una silenciosa pero eficiente y muy pugnaz falange de medianías. De modo instintivo saben descubrir a quien no es de su sindicato, y éste automáticamente se convierte en blanco de todas las intrigas y difamaciones. La primera ley de los mediocres es la consigna de destruir a los que no lo son. Para pasarla bien, tranquilos, sin sobresaltos, no hay como ser medianos.

Sólo el respeto a uno mismo y el haber confirmado una vocación en la

concreta realidad de las pruebas cumplidas, puede dar fortaleza para aceptar el reto de la mediocridad y para vencerla, para humillarla, para aprender a despreciarla.

Pero ¡cuidado con hacer votos contra la mediocridad esta misma noche! Primero es necesario conocer y asumir lo que esto significa.

Significa renunciar al descanso que otros disfrutaban tan placenteramente. Significa hurtar horas al sueño para dedicarlas a la lectura y al estudio. Significa una búsqueda incesante. ¿De qué? De todo. Exactamente de todo. Un escritor inglés definió al periodista como "el hombre que se quedó sin profesión". Esto, traducido a nuestro lenguaje vernáculo, se diría así: "Aprendices de todo y oficiales de nada". Quiere decir que la formación del periodista jamás concluye. Un minuto antes de la muerte debemos estar contentos porque supimos algo nuevo, pero ansiosos porque quizá ya no tenemos tiempo de comunicarlo.

No ser mediocres significa renegar de ser como los demás. Que nunca se diga de nosotros que somos "del montón". Uno de los peores vituperios que he visto publicado de alguien fue esta observación: "Es tan común, que en una reunión de iguales, sería el más igual de todos".

Querer abandonar la medianía y poder hacerlo, son cosas muy distintas. El compromiso implica renunciaciones dolorosas a cada instante; valor en donde hay flaqueza; decisión, cuando la molición del entorno nos está predicando lo contrario.

Significa admitir que la Universidad, aún habiendo culminado con excelencia de la carrera, sólo nos ha puesto al principio del verdadero camino que conduce a la cima. Significa que la primera cima alcanzada lo único que nos

descubre es que apenas hemos comenzado a escalar una cordillera. Significa que en este abrupto, encrespado y raramente gozoso camino, vamos a estar fundamentalmente solos. Poca será la ayuda que nos pueda ser proporcionada. Lo esencial del esfuerzo nos corresponde y es intransferible.

De un modo cierto la ruta del mejor periodista es el autodidactismo. Esto es válido aún para aquéllos, repito, que ostentaran por ahí un diploma universitario. En ninguna actividad profesional como la nuestra es exacto aquello de que hay profesionales sin título y títulos sin profesionales.

Hablo de un autodidactismo inteligente y disciplinado. Una autoenseñanza guiada no sólo por una férrea voluntad, sino también por planes rigurosamente trazados. No podemos desperdiciar energías ni perder tiempo. Nadie tiene -- tiempo ya, para darse el lujo de perderlo. Cada día que se nos escape sin haber hecho por lo menos un honrado intento por avanzar, es una concesión que hacemos, un paso que desandamos, y un riesgo de dar insensible media vuelta y enfilar de nuevo hacia el limbo donde se mecen los mediocres.

Me gustaría sugerirles concretamente que desde ahora, ayudados por sus maestros y por el consejo de periodistas con verdadera experiencia, hicieran una lista de los libros que habrán de leer en los próximos meses; de los temas que habrán de abordar como investigadores serios y competentes; y de los ejercicios y pruebas de capacidad que es preciso desarrollar en tiempos y circunstancias determinadas y controladas.

Tendrían también que decir a su Universidad y a las empresas periodísticas con qué expertos quisieran tener la oportunidad de conversar y debatir, en seminarios, simposios o cursillos. Necesitan hablar con expertos en política, sociología, derecho, medicina, recursos naturales, energía nuclear literatura, religiones, diplomacia, etc., etc., etc.

Es indispensable que se hagan de un sistema -- nada complicado, case-ro -- para atesorar todos esos conocimientos, de suerte que una y otra vez tengan a su alcance notas y grabaciones, para una tercera, cuarta, quinta mo-liendas, y para una reflexión cada vez más profunda, ya sea en pequeños gru-pos de colegas, o cada uno en su propia y fecunda soledad.

El futuro: Las especializaciones.

Desde este momento comprometo mi colaboración con la Universidad y los periódicos regionales, para servir de enlace con aquellos científicos y hu-manistas que, viviendo en la ciudad de México, me resultarán accesibles y se mostrarán dispuestos a compartir con ustedes la magnífica aventura del cono-cimiento, del desarrollo profesional, de la capacitación para ser mejores y prestar más altos servicios a Veracruz, a su región, a México, al tiempo que descubren la verdadera grandeza del periodismo.

----- 0 -----

También me interesa -- en esta parte final de la charla -- decir a us-tedes que me subleva la forma como están concebidos los planes de estudio -en algunas escuelas de periodismo.

En un país donde ya no se necesita más sal, continúan instalando sali-nas. Es decir, aún a sabiendas de que el mercado de trabajo decrece, persis-ten en formar periodistas convencionales, gente "del montón".

En cambio, tal vez no han descubierto cuánta falta hacen los comunica-dores sociales, y por ello no se han preocupado de formarlos.

Este es un punto crucial de nuestra conversación, jóvenes periodistas. Quiero decirlo de este modo: quizá ustedes se encuentren en el momento más adecuado para tomar hoy una decisión importante o al menos para pensar en

ella seriamente; esa decisión consistiría en no modificar su vocación, pero si en reorientarla.

Específicamente les propongo reorientarse hacia la comunicación social.

La comunicación social es algo más que el periodismo. Más que la información por la información misma; más que la publicidad, las relaciones públicas y la propaganda. Información, publicidad, relaciones públicas y propaganda son cuatro acciones básicas de la comunicación social. Esta es una ciencia y un arte, es un conjunto de técnicas; pero es básicamente una de las formas de poder, para la gestión democrática de la sociedad.

El auténtico comunicador social es también un auténtico líder, un dirigente. Es un periodista especializado, pero más que eso aún, es un conductor. Es un hombre que mueve voluntades desde su mesa de trabajo; es un hacedor de dirigentes, es un disparador de revoluciones. Es "el hombre que se necesita". ¿Para qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? Para todo, en todas partes y ahora mismo.

Necesitan comunicadores sociales los partidos de oposición, los sindicatos, las asociaciones de campesinos, los gremios, las cámaras de esto y de lo otro, las iglesias, los presidentes de la República y los presidentes municipales, las empresas de todo tamaño; los organismos del sector privado y del sector público; las universidades, los tecnológicos, el Congreso, los congresos, el circo Atayde y el PRI.

Necesitan comunicadores sociales los muertos. Sí, los muertos de las Malvinas, y los de Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Ellos necesitan que su voz sea revivida en el mundo por un líder de opinión que grite y haga gritar a la humanidad entera para rebelarla contra el crimen permanente de los imperios coloniales.

Necesitan comunicadores sociales los hombres de la guerra. No en balde se dice que en una guerra la primera víctima es la verdad. Y para asesinarla se necesita un experto en propaganda o en antipropaganda. Todo esto es parte de la comunicación social.

¿Ciencia, técnica, arte? Como quieran ustedes; pero en lo básico es una fuerza que, como la nuclear, resultó capaz de cambiar al mundo. Una fuerza, si no inventada, perfeccionada por genios perversos como Goebels y el propio Hitler, que sirvió para poner en vilo a todo el pueblo alemán y lanzarlo al holocausto, entre el redoble de los tambores propagandísticos, la música wagneriana, y el incesante repetir de una mentira que acaba por ser creída, según una de las leyes cínicamente expresada por sus propios descubridores.

Fuerza que ahora debe servirnos para reconstruir nuestro país; reedificar la confianza en nosotros mismos, reemprender los extraviados caminos de la Revolución; vitalizar las relaciones democráticas; salvaguardarnos de la constante amenaza exterior, y anunciar el advenimiento de una sociedad justa y libre.

Veán ustedes cuán ancho y pródigo es el campo de la comunicación social y cuán al alcance de ustedes se encuentra.

Ahí sí hay mercado de trabajo y mejor pagado.

Me imagino que los primeros expertos con quienes desean hablar son aquellos que puedan explicarles todas las fascinantes perspectivas de la comunicación social para su ciudad, el estado, la región y el país entero. Y que les tracen también caminos ciertos para alcanzar ese desarrollo profesional, a partir de los conocimientos y habilidades que ahora poseen.